

PRIMERA PARTE
1997

UNO

—¿Y tu hijo? —preguntó Mama desde la puerta.

Amparo pensó en el niño dentro de su vientre —no en la que jugaba frente al televisor—, evitó la mirada de su madre, miró sus zapatos de cuero y estiró su blusa blanca sobre las caderas de su pantalón de vestir negro. Cuando un hombre acusa falsamente a su esposa, ella no puede compartir su dolor con nadie. El malestar del silencio que se había instalado entre ella y Eusebio era tan agrio como las náuseas matutinas, pero a diferencia de éstas, aún la acompañaba en el quinto mes del embarazo. El malestar llenó su garganta. Su madre cruzó el umbral de la puerta hacia la sombra del cuarto con techo de zinc y dijo:

—¿Quieres que cuide a Sandra mientras vas al pueblo?

—Inés puede cuidarla. Puede cerrar el puesto por unas cuantas horas.

—Déjala seguir trabajando, yo puedo cuidar a tu hija. —Su madre se inclinó y abrazó a Sandra colocándola contra el bordado amarillo de su huipil

azul claro: la misma blusa que Amparo usaba cuando vendía artesanías en el mercado y que cambió por ropa occidental cuando dejó el pueblo.

—¿Quieres ayudar a tu nana a limpiar frijoles negros? —preguntó la abuela a la niña que chillaba. Amparo anheló abrazar a su madre.

—Háblale en kaqchiquel, Mama. Enséñale nuestra lengua mejor que a nosotros.

La madre de Amparo abrazó a su nieta contra su pecho.

—Cuando era joven éramos indios sucios si lo hablábamos. Fuimos personas hasta que aprendimos a hablar español.

—Me voy, Mama —dijo Amparo mientras se ponía la chaqueta. Se subió todo el zipper para evitar que su barriga sobresaltara a las monjas.

Mientras caminaba hacia la salida, Amparo se sorprendió despidiéndose de Sandra en español. Era como su madre: quería que su hija hablara español. Pensó que si su madre le hubiera enseñado toda su cultura, ella se habría salvado de esa vergüenza.

Amparo abrió el portón de la casa y salió a la calle sin asfaltar, donde las buganvillas desbordaban sobre las paredes de adobe con repello de estuco blanco. Las pendientes inclinadas del valle subían en dirección del sol, cuya claridad le lastimó los ojos. Recordó cuando Eusebio y ella estaban recién casados. Solían reunirse en Antigua al final del día para tomar el bus a casa arriba de la montaña.

Cruzó a la izquierda hacia el pequeño parque de cemento del pueblo que no tenía árboles ni fuente, muy distinto al parque de Antigua. Entró al mercado evitando mirar hacia la casa de la esquina, la de

la puerta morada. El nuevo mercado era un edificio de *block* al lado del ayuntamiento –construido por un proyecto de ayuda sueco mientras los Acuerdos de Paz se firmaban–, oscuro y espacioso, con las altas paredes cubiertas por tejidos de mujeres. En los puestos la mayoría de los adornos colgados, bolsas y chalecos eran tejidos en casa por mujeres y niñas con telares de cintura o telas de cincha; alguna parte del trabajo con lana era mezclado con material sintético y producido en masa. Nuevamente, el alcalde había subido el alquiler de los puestos y las mujeres llevaban menos dinero a sus casas. La situación de Amparo era distinta. Su familia tenía suficiente comida para mantener una criada y podían darse el lujo de enviar a Inés a cuidar el puesto mientras ella cuidaba a Sandra o trabajaba en Antigua. Los fines de semana, cuando los buses de turistas llegaban, prefería atender el puesto ella misma. Llegó a conocer a los conductores y guías de las agencias en Antigua y estas relaciones le hicieron obtener comisiones especiales o ventas privadas.

Amparo entró al mercado saludando a las mujeres en un kaqchiquel mezclado con español. Una mano delgada la tomó por el brazo. Era una muchacha que sostenía a un bebé contra sus senos. Cuando niña, fue el terror del mercado. Aprendía tan rápido en la escuela que se encargaba de la clase en los días que el maestro llegaba ebrio. Hubo una discusión acerca de una beca que le permitiría estudiar su bachillerato con las monjas en Antigua; pero en la adolescencia –esos terribles meses para una joven–, cuando ya había terminado los seis años de primaria y estaba a la espera de una respuesta

sobre su educación con las monjas, se había enamorado. Para su decimocuarto cumpleaños, estaba embarazada. Ahora, casada, jamás dejaría el mercado. Ver las enroscadas manos del bebé palmear la cara de la joven hizo que Amparo pensara en su hermana Yolanda. Deseó que su Mama fuera más estricta con ella. El día que Sandra nació, tan pronto como la partera le dijo que era una niña, Amparo se prometió que su hija no saldría con ningún hombre hasta terminado el bachillerato.

—Doña Amparo —dijo la joven—, mi madre y yo queremos unirnos a su grupo de ahorros.

—Dile a tu madre que me hable.

—Se fue a tomar el bus para Antigua.

—La veré en el bus, entonces. Yo también voy hacia Antigua.

Se abrió paso hacia su puesto en la esquina del fondo del mercado. Los tejidos colgaban de bastidores y perchas debajo de la luz tenue. Eran tejidos hechos por Inés, la madre de Amparo, sus hermanas, sus cuñadas y por ella misma. Se agachó deslizando su mano en una pila de mantas y sacó una bolsa rojo oscuro. *B'alam*. Una vez al año, a veces más seguido, tejía una bolsa roja con un jaguar blanco caminando al lado. Mientras atendía el puesto, colgó la bolsa sobre su cabeza. Don Julio había intentado que Amparo fuera a México —Chiapas u Oaxaca— para que conociera otras mujeres indígenas, intercambiaran técnicas de tejido y vendiera sus bolsas. Amparo había soñado con que aquello fuera verdad. Se imaginaba como una rica *käk wi-naq* con pasaporte, como si México le fuera a dar

visa. Al final, Don Julio exportó las bolsas a México y Amparo se quedó en casa.

—¿Cómo va todo? —Inés se sorprendió ante la pregunta de Amparo. Los pliegues verticales de su falda azul grisácea de Quiché les daban un aire frágil a sus caderas. Su mirada se cruzó con la de Amparo, luego la apartó. Después de tantos años, Inés aún sentía miedo de ella. Durante la guerra civil el ejército invadió su pueblo y los soldados violaban a las mujeres mayas tan pronto llegaban a la pubertad. El padre de Amparo hacía entregas en la región y a veces pasaba la noche en casa de los padres de Inés. Cuando la niña cumplió ocho, los padres de Inés le pidieron a Papa que se la llevara con él. “Pero no han conocido a mi esposa”, respondió, “No saben para qué tipo de mujer trabajará su hija”. Temía que Inés solo añadiera una carga más a su familia. Esa noche, le contó a Amparo, mientras conducía su camión de vuelta a la ciudad de Guatemala, se mantenía despierto con tragos de su coctel favorito de café negro y Coca-Cola dentro de un termo. Inés se durmió en el asiento al lado de él, sus sandalias rozando el bolso tejido que sostenía su ropa. Entregó la carga de madera recién cortada del bosque de una montaña a una fábrica de muebles a la orilla de la capital, luego llevó a la joven de vuelta al pueblo. La siguiente vez que el padre de Amparo condujo al Norte, el ejército había arrasado el pueblo de Inés. El lugar ya no existía y preguntar qué había pasado era invocar a la muerte. Cuando le dijo a la joven, solo agachó la cabeza y a partir de entonces dejó de preguntar cuándo podría volver a casa. Después del